

Prólogo

-En el principio existió la nada. Y de la nada nacieron dos, cuyo poder fue absoluto, cuyo dominio era el todo, pues sólo eran ellos.

De la eternidad emergió Naib, del infinito brotó Oden. Dos semillas sin significado alguno, dos fuerzas incomparables. La dualidad definida en el universo.

Naib descubrió el don de crear, de igual forma Oden encontró la virtud de destruir. En el tiempo antes del tiempo. Cuando lo eterno aún era joven. Cuando la vida no era más que una fuerza vagando en el cauce de un río al que nada importaba.

En el Sarticus, de los planos el más profundo, descubrió Naib lo incomparable, pues había nacido por sí sola la fuerza más bella del universo. Irascible y bello era este ser de forma indescriptible, fluyendo sin amo hacia donde se hacía paso él mismo. El río de la vida, en las planicies muertas del Sarticus. Y el Titán, de la vida creó seis dioses, La Luz, La Oscuridad, El Fuego, El Viento, La Tierra y El Agua.

Los humanos nacieron de sangre, no eran dioses y sin embargo podían crear o destruir. Seis reinos se formaron separando a sus habitantes, hasta que uno los unió de nuevo. Pues él era el hijo del creador. Y entonces aquellos dispersos por sus ideales, se unieron al fin bajo una sola bandera, la bandera de los reyes de antaño, Xadius y Suidax.

-Un relato sorprendente -dijo una voz estruendosa y a la vez sombría en la profundidad de aquella oscuridad-. Sin embargo palabras viejas para tiempos en que se han convertido en poco menos que una leyenda.

-El corazón se retuerce, algo ha cambiado. Se avecina algo que este viejo mundo no ha visto en mucho tiempo -contestó otra voz, más calmada y con tono solemne-.

-¿Así que también lo sientes?

-Los tiempos cambiaron, la gente olvidó las antiguas coaliciones. Pronto se edificaron nuevas ciudades. El hombre salió y exploró las estrellas, se abalanzó a conquistar, los seis planetas que junto al sol y la luna orbitaban su hogar. Pero la avaricia del hombre no quedó saciada. “El nunca morir y el conquistarlo todo” esa era la única gloria que los humanos anhelaban. Pronto la galaxia entera quedó bajo el dominio de la humanidad. Entonces nacieron nuevos convenios, entonces nació La Alianza de los Sistemas Libres en la nómada ciudad de Axis.

Cekibo, el Primordium, el planeta que dio vida a los seres humanos. Por más de seis mil años albergó al hombre, le cuidó y protegió. Y por casi cuatro mil años adornó la corona de La Alianza junto a Inac y Zetaca, los tres pilares de la libertad. Pero el corazón de Cekibo fue envenenado por la codicia, y una sangrienta cruzada dejó su cicatriz en los corazones inocentes. Por las estrellas se esparció la noticia, Cekibo, el Primordium, estaba muriendo. En un acto de desesperación La Alianza convocó bajo su bandera a un enorme ejército. Los Taedos vistiendo de blanco y rojo



marcharon de regreso a Cekibo para traer paz a la cuna de la galaxia. Y así fue, pero Cekibo había quedado en ruinas.

Pasó poco tiempo antes de que la desinteresada ayuda de La Alianza se nublara por la envidia, muy poco antes de que se edificara el Gulgolet al pie del Cimbaira. Las familias del Sol y la Luna, que tan celosamente habían gobernado Cekibo durante las crisis pasadas, presenciaron el ocaso de su mando mientras las puertas del Gulgolet se abrían a los prisioneros del nuevo Gobierno Provisional.

Con mentiras y engaños, el Gobierno Central de aquel majestuoso mundo que viaja a través de la galaxia posó su vista en el decadente Cekibo. Oleada tras oleada de soldados sin sentimientos comenzaron a pisar el suelo imperial. Lo que alguna vez perteneció a un pueblo, ahora se lo repartían en partes desiguales en la mesa de la política. Y uno a uno, al igual que las personas, los corazones de los habitantes comenzaron a ceder a la locura, hambrientos de paz, de libertad, de esperanza, mientras sus gobernantes y guerreros, nada podían hacer sino ver con pena la muerte de aquellos que amaban.

Una nueva alianza nació, políticos, habitantes y rebeldes marcharon juntos hacia el único enemigo que tenían en común, y tras el necesario derramamiento de sangre, los hombres consiguieron la independencia, la libertad de Cekibo y la oportunidad de que una vez más se tratara a su mundo como un mundo igual a los demás, por los mismos que ahora se lavaban las manos con las que habían matado a tantos, mientras tendían sus brazos a Cekibo.

Arte, comercio, y lujo, estos fueron los nuevos cimientos de Cekibo. El una vez extinto gobierno recuperó su poder. Con imposición económica y política recuperó el control sobre sus seis satélites habitados. El Imperio de Cekibo renació. La vida nunca había sido mejor, la tecnología era algo normal en el planeta. Y una vez más se empezó a expandir, ya no con conquistas sino con tratados y rutas comerciales. Al Imperio le pertenecían siete planetas y más de mil doscientos sistemas dependían de él. Las Familias Imperiales renovaron sus ciclos, por cincuenta años gobernaría la Luna y por cincuenta el Sol. Por fin se volvieron a escuchar esas palabras entre aplausos y risas. “Cekibo, el pilar de la Alianza”.

Pero los corazones humanos son tan fácilmente nublados por la codicia. Los altos mandos ven sus intereses amenazados. Y mientras la vida en Cekibo continúa tan pacíficamente, ellos ya han conseguido aliados. Todo lo ven, y sus ojos están posados sobre el Imperio, pues aunque sus intereses no son los mismos, la respuesta parece carecer de contraste. Diferencia y egoísmo son las semillas que ahora brotan entre la gente. Una guerra se avecina y los únicos capaces de resistir el embiste de la tormenta están ahora sumergidos en la duda.

Los que siempre habían ayudado al pueblo de Cekibo, los Élohim, los héroes de las personas, aquellos que imparten honor a favor de quienes no se pueden defender. Aquellos que se condenan para que la paz, la libertad, la justicia y la seguridad reinen en los corazones ajenos.

Tiempos oscuros, la tormenta se aproxima. Los Élohim pierden su unidad. La amistad comienza a desvanecerse pues sus corazones, corazones humanos al fin, ya han sido víctimas de la tragedia. El deber es lo único que los mantiene. Pero lo saben, horribles manos ahora se abalanzan sobre sus cuellos. Otras se lanzan sobre el pueblo



al que deben proteger. Incluso ya hay manos sobre la familia Imperial, algunas ya han sido estrechadas y las demás sólo esperan una única decisión.

Cekibo, el Primordium. ¿Por qué no has hecho que tus hijos aprendan de su historia?, ¿Por qué juegas con ellos? ¿Por qué los abandonas? Las mentiras han sido escupidas sobre el cada vez más cansado pueblo. La maquinaria de la revolución ya ha emprendido la marcha. Los que callan y todo lo ven, han comenzado la búsqueda de su propio e invaluable tesoro y su mirada apunta ahora a la ciudad de Inváteri, donde todo comenzará. La amenaza es latente y el peligro inminente. La guerra es inevitable y en ésta ciudad se sentirá su primer asalto. En éste lugar se marcará el inicio de la caída de los Élohim, y con ella el principio del fin.

-Ya es hora -continuó la voz pacífica-. Los Élohim, guerreros que pelean por el bien del pueblo, los seis en cuyos corazones reside la voluntad de los dioses. Ya es hora... de que también ellos sientan el poder de lo inevitable.

-¿Qué te hace pensar que puedes ganar?

-¿Por qué habría de ser diferente?



Capítulo 1

El Castigo De Inváteri

Un día somos niños, jugamos y reímos bajo las estrellas dejando que la vida siga y siga su curso, entonces algo sucede. Como una chispa que desata un cambio y al mirar atrás, te das cuenta de que ya no eres un niño, te das cuenta que has crecido.

Una tarde de invierno, el sol se ocultaba en la ciudad de Inváteri, el viento helado comenzaba a recorrer las calles de los suburbios. Todas las personas se encontraban dentro de sus cálidas casas preparándose para las fiestas. Todos menos Aldwyn, quien permanecía frente al número 2816 de la calle Florean. Su cara era blanca cubierta por su cabello color negro y sus ojos azules que contrastaban con la chaqueta oscura que abrigaba su delgado cuerpo. Un niño de 14 años, como cualquier otro.

Esperaba a su madre, quien debía llegar del trabajo en cualquier momento. Cenarían juntos, algo que no hacían desde que ella recibió un ascenso en su trabajo. Desde entonces sus llegadas eran tarde, por lo general cuando Aldwyn ya estaba dormido, y a veces ni siquiera llegaba en varios días, debido a viajes de trabajo. Entonces, el silencio que reinaba en aquella calle quedó interrumpido por el lejano llamado de un teléfono proveniente del interior de su hogar.

-¿Diga? -contestó el pequeño sin aliento por correr hasta el interior de la casa-.
-Hijo -dijo una voz femenina-, lo lamento pero no podré llegar a cenar, he tenido que salir en un nuevo viaje de negocios -su voz denotaba tristeza al hablar-.
-No hay problema -mintió desilusionado por la noticia-.
-Por favor, cena algo y si quieres sal con tus amigos, en verdad lo siento Aldwyn.
-y con estas palabras cortó la llamada-.

Después de la llamada, Aldwyn se sentía más aburrido que de costumbre. Se recostó sobre su cama, miraba por la ventana hacia el cielo y de vez en cuando alguna nave que pasaba sobrevolando los suburbios.

En la televisión dos famosos reporteros mostraban imágenes de bomberos apagando un incendio, mientras una multitud se congregaba alrededor.

-Así es Makda -decía el reportero a su compañera-. Un terrible incidente para la parroquia, El Papa en persona ha dado el pésame por parte de la Iglesia de Naib a los familiares que perdieron algún ser querido en esta tragedia.

-Joaks, tengo entendido que tenemos una entrevista con uno de los sacerdotes que actuó de manera heroica durante el incidente. -



La televisión seguía con el volumen alto pero Aldwyn no ponía atención, sólo miraba pensativo por su ventana-

La noche será triste y aburrida, pensó Aldwyn. Pero... ¿Por qué habría de ser aburrida? Entonces tuvo una idea, llamaría a William su mejor amigo, y tal vez saldrían al centro de la ciudad. Es decir, de quedarse aburrido en casa a la posibilidad de pasar un tiempo con su amigo, era obvia la opción a elegir y así lo hizo. Poco tiempo pasó desde que colgara el teléfono hasta escuchar los gritos de su amigo desde fuera de la casa, lo cual no era extraño pues vivía a una cuadra de distancia, en el número 2915, de Florean. William era un chico de cabello castaño oscuro, piel blanca y de gran estatura, tenía ojos verdes que adornaban su pálida cara.

-Entonces, ¿Cuál es plan? -preguntó animado William-

-No lo sé, pensé que tal vez podríamos ir al centro y hacer algo divertido.

-¿Te encuentras bien? -había notado la tristeza de su amigo-. ¿Es tu mamá verdad? Salió de viaje de nuevo, ¿no es así?

-Si, últimamente la veo muy poco, pensé que ahora con el fin de clases y la gran elección, tal vez podría pasar algo de tiempo con ella.

-Anímate, ese es tu problema amigo. Verás, cuando los padres no están en casa uno debe divertirse, no aburrirse. Vamos, encontraremos algo divertido que hacer.

La ciudad estaba llena de alegría aquella noche, con la semana de fiestas por comenzar se podía ver a las familias comprando regalos y paseando por las calles. El taxi los había dejado frente a un gran edificio, era el centro comercial más grande de la ciudad. Las fachadas de cristal, adornadas con algunas figuras para las fiestas, reflejaban el despejado y oscuro cielo. Todo el conjunto creaba la ilusión de tranquilidad y felicidad que se percibía en toda la ciudad.

Aldwyn no había puesto un pie dentro del edificio, cuando de repente todo quedó a oscuras. No sólo el centro comercial, sino también las calles e incluso los autos se apagaron. Comenzó a oírse el murmullo de las personas preguntándose que sucedía. Algunas se comenzaron a asustar cuando vieron que la energía no volvía, incluso Aldwyn empezaba a ponerse nervioso. Ni siquiera se podían ver las estrellas debido a la gran cantidad de nubes, que súbitamente habían tapizado el cielo.

La gente se agrupaba, preguntándose unos a otros que ocurría. Había varios árboles en las calles, sus ramas se agitaban sin haber viento, pero esto se aclaró cuando sin previo aviso todas las aves volaron dejando sus nidos. No acabó ahí, un fuerte terremoto sacudió la ciudad entera. Las personas presas del pánico, comenzaron a correr tratando de ponerse a salvo, mientras los que estaban dentro de los edificios salían en busca de refugio.

Los conductores dejaron atrás sus vehículos, las calles se convirtieron en una corriente incontrolable de gente que se empujaba y se pisoteaban entre ellos. De no



ser por William -quien jaló de la camisa de Aldwyn-, éste habría quedado aplastado por un grupo que corría aterrorizado. Una gran luz iluminó el cielo por unos instantes y luego todo se tiñó de un color rojo, parecía que todas las nubes habían sido bañadas en sangre. Todas las personas veían al cielo horrorizadas, incluso los dos amigos se preguntaban si esto sería el fin del mundo.

Una densa y blanca niebla brotó de la nada, era fría y no subía más allá de los tobillos lo cual dificultaba el paso. Un segundo temblor se suscitó. Del cielo empezaron a llover lenguas de fuego que desaparecían a escasos metros de la superficie transformándose en un duro granizo. De la niebla salían despedidos esporádicamente rayos de color negro, que desvanecían todo aquello con lo que chocaban. Aldwyn y William corrieron rumbo a los suburbios en dirección a sus casas, veían gente correr en llamas, o simplemente mujeres y hombres que al tratar de escapar de aquella horrible escena eran alcanzados por uno de los destellos, y desaparecían de la faz de la tierra. También había quienes seguían corriendo con pedazos de hielo incrustados sobre heridas aún sangrantes. O aquellos que caían a la helada bruma y eran aplastados por la gente que huía despavorida.

Un gran estruendo se escuchó, Aldwyn miró hacia el cielo siguiendo el sonido y vio a un transporte de pasajeros estrellarse contra uno de los edificios. William muy asustado le dijo que no le diera importancia y que siguieran adelante. Un hombre que corría hacia ellos empujó a Aldwyn derribándolo al suelo, mientras que William caía sobre una pequeña multitud y era arrastrado por la misma. En sólo segundos la cara de Aldwyn estaba entumecida por la niebla, sus cejas tenían escarchas de hielo y sus labios estaban morados. Se incorporó con dificultad, no podía mantenerse en pie del todo. Buscó a su alrededor pero no veía a William en ningún lado. De pronto sintió un codazo y cayó de nuevo sobre la niebla. Al ponerse de pie se recargó sobre una pared, casi no podía mover sus pies y sus manos estaban heladas. Pudo apreciar que ahí, sobre la calle había cientos de cuerpos ya sin vida, congelados, que eran aplastados por aquellos que seguían corriendo para salvarse.

-¡Aldwyn! -escuchó que gritaban su nombre una y otra vez. Miró hacia la multitud y vio a William que se encontraba sobre un auto. Difícilmente se hizo camino hasta él, donde William lo ayudó a subir-.

-Ya estamos cerca de casa, sólo unas cuantas calles más -dijo Aldwyn-.

-Si, lo sé pero será mejor que esperemos un poco.

La gente pasaba a los lados del vehículo sin siquiera ponerles atención, la vista de la ciudad era horrible, edificios en llamas, gente corriendo entre cadáveres. ¿Qué podía estar causando todo esto? De pronto el tercero y más fuerte de los sismos se suscitó, seguido por el grito horrible de miles de personas. Todos los que corrían se detuvieron y miraron en dirección al centro de la ciudad. La curiosidad atrajo la mirada de los dos amigos y vieron lo increíble. Todos los edificios del centro de la



ciudad se empezaban a desmoronar. La gente aterrada arremetió contra todo lo que se oponía a su paso, incluso volcaron el vehículo donde se encontraban los dos amigos.

Habían logrado escapar y se dirigían por callejones en dirección a los suburbios. Para Aldwyn lo más importante ahora era llegar a casa.

Los dos amigos se hicieron camino por la calle Florean, el cielo fue recuperando su oscuro color nocturno, Aldwyn había olvidado que era de noche. La niebla también desapareció y el calor fue retomando lugar en su cuerpo. Los suburbios estaban desiertos, no había ni una sola persona. Frente a muchas casas se podían observar maletas y pertenencias que habían sido dejadas atrás, probablemente debido a la apresurada huida. Los autos habían abandonado las cocheras de los hogares, la basura era arrastrada por el viento. E incluso en una esquina se veía una toma de agua de donde brotaba una columna del cristalino líquido, debido a que un auto se había estrellado contra ella.

Llegaron finalmente a casa de William, una casa muy parecida a la de Aldwyn. El auto no estaba, entraron a la casa y no encontraron a nadie. William quedó sin habla *¿Acaso se fue mi familia dejándome atrás?* -pensó el muchacho-.

William no fue de mucha ayuda, se quedó sentado a la mesa de la cocina, sumergido en sus pensamientos. Por su parte, Aldwyn buscó alguna pista en los cuartos de la casa, encendió la TV pero no había señal alguna. *-Por lo menos ya hay energía -se dijo así mismo-*. Intentó también con el teléfono, pero la línea no daba tono. Aldwyn se encontraba en la alcoba principal, el débil sol de la mañana comenzaba a iluminar la foto de William y su hermano mayor, que sus padres tenían junto a la ventana. Se acercó para mirarla y sintió que alguien lo observaba.

A mitad de la calle y mirando fijamente a los ojos de Aldwyn había un hombre joven, alto, de tez clara y corto cabello blanco. Vistiendo rodilleras y antebrazos oscuros y un cinturón del mismo color, todo sobre una vestimenta negra. Traía una gabardina cuyas mangas habían sido arrancadas por completo, dejando ver algunas costuras. Aunque estaba lejos para ver su rostro, algo resaltaba en él, un dije que colgaba de su pecho reflejando la luz del sol amaneciente. Un pequeño sismo apartó su atención de aquel hombre, y al volver su mirada Aldwyn se dio cuenta que ya no estaba ahí.

Más importante que aquel extraño, fue la secuela del temblor, significaba que lo que había destrozado casi toda la ciudad aún no había terminado. Se hizo camino hasta la cocina, donde William aún seguía con la mirada perdida. En vano trató de llamar su atención, ni siquiera el fuerte sonido de una explosión pudo hacer volver en sí al chico. Aldwyn salió a la calle para ver que ocurría. Varias de las casas empezaban a ser devoradas por las llamas, de pronto el sol se eclipsó y un hombre cayó de pie frente a él. Vestía una ostentosa armadura negra, sus verdes ojos iluminaban su tez blanca dejando ver su oscura cabellera. No era el mismo individuo



de antes, sin embargo su forma de vestir era muy parecida. El sujeto había descendido de una gran nave color rojo que se encontraba estática ensombreciendo la luz del sol.

-Debemos irnos -dijo, mientras le extendía una mano cubierta con un guante negro y un símbolo blanco bordado-.

-No -objetó el chico-.

-No hay tiempo -interrumpió el extraño tomando la mano de Aldwyn. El joven se soltó y corrió rápidamente al interior de la casa haciendo caso omiso-.

Aldwyn buscaba a su amigo. En cuanto entró a la cocina, se oyó un pequeño estallido y vio llamas que salían de la estufa comenzando a trepar por las cortinas. William no respondía su amigo lo sacudía, pero ni siquiera esto lo sacaba de su estado catatónico. Las llamas comenzaron a recorrer el recubrimiento de madera extendiéndose a toda la casa. El calor era insoportable y cuando intentaba sacar a su amigo de ella, un pedazo de techo encendido cayó bloqueando el pasillo.

De pronto las llamas que cubrían la salida se separaron dejando ver que el hombre de la armadura negra se dirigía hacia ellos. Con determinación cargó a William sobre su hombro izquierdo y tomó a Aldwyn con su brazo derecho. Avanzaron hacia la salida mientras las llamas se apartaban de su camino como si les temieran. Al salir, Aldwyn se dio cuenta que todas las casas estaban consumiéndose por el fuego. El hombre dio un gran salto y subió a la nave que estaba a más de veinte metros por encima del suelo.

El extraño soltó a los dos chicos dentro de una de las cámaras de la nave. El lugar parecía una bodega de víveres, cajas de comida y contenedores de agua se encontraban apilados frente a las paredes. Había más personas en ese lugar, en una parte un chico de catorce años que sostenía un bebé en sus brazos, dos niños menores, de diez y de ocho años apoyados con él. En otro sector de la cámara una mujer yacía en el piso cubierta por una capa roja, y sosteniéndole sus manos, un hombre con un traje dorado pero sucio.

El hombre que los había subido a la nave había desaparecido tras una compuerta. William seguía sin hablar, se balanceaba de atrás hacia adelante balbuceando algo en voz muy baja. Un nuevo sujeto apareció de la nada tenía el cabello rubio y ojos color miel, llevaba el brazo izquierdo vendado y en su frente tenía una herida aún abierta. Se acercó a Aldwyn y le ofreció un pequeño dulce envuelto en papel blanco.

-Cómelo, te ayudará a dormir -le dijo el hombre-.

Después, el sujeto se dirigió a William y poniendo su mano sobre el hombro derecho del chico, le recostó sobre el piso donde cerró sus ojos automáticamente. También fue con los otros niños y les hizo el mismo ofrecimiento. Aldwyn estaba



cansado, no necesitó de un dulce para caer en un sueño profundo. En un sólo día habían pasado muchas cosas, que él esperaba no empeoraran.

Ahora el joven Aldwyn, se enfrentaba a un futuro incierto y peor aún, si William no volvía en sí, también estaría enfrentándolo solo.

